

LA ENSEÑANZA DE LA PSICOLOGÍA EN ESPAÑA

MARIANO YELA GRANIZO

A pesar del título no voy a examinar directamente ninguna cuestión pedagógica. Me propongo tratar de algo previo a toda pedagogía, a saber: de las condiciones que hacen posible la enseñanza misma de una ciencia: la Psicología. Y esto no en general, sino en un caso concreto: nuestra situación actual, la de España.

Abordo el tema por dos razones. Una, la que más me importa, es la situación de España en la Psicología. Otra, tan importante quizá, pero en mi ánimo secundaria, la situación de la Psicología en España.

Dicho de otro modo: si escribo estas notas es porque quiero dejar claramente formulada esta pregunta: ¿Qué puesto tiene España en la Psicología? Y luego, en segundo lugar, esta otra: ¿Cuál es el estado de la Psicología en España? Las preguntas quedan hechas. Si hay alguien interesado le invito a contestarlas. Yo voy a hacerlo ahora mismo.

La respuesta a la primera pregunta me parece obvia. España no ocupa apenas puesto alguno en la Psicología. Este es mi gran dolor y mi gran vergüenza. Entiéndase bien: no digo que en España no haya, aquí o allá, ayer u hoy, un hombre o un grupo de hombres que estudien en estas cuestiones y lo hagan magistralmente. ¿Cómo voy a decirlo si los conozco, respeto y admiro! ¿Cómo voy a decirlo yo, ni puede decirlo nadie que conozca, por ejemplo, la paciente, esforzada y fecunda labor que se hizo en España hace bastantes años en el terreno de la Psicotecnia! Lo que sí digo, lo que me duele e íntimamente avergüenza, es que la sociedad española no ha sabido dar de sí, estimular y sostener una tradición viva y continua de investigación psicológica. ¿Qué pesadumbre cuando uno despierta a la ciencia y se siente solo, al lado de otros solitarios, sin poder incorporarse, con humilde fruición y disciplina, a la tradición científica de su país!

Y no puedo consolarme pensando que la ciencia es universal, y no de nación alguna. Porque

eso, que es verdad, no tiene nada que ver con lo que aquí digo. No hablo de la ciencia, sino de la creación de la ciencia. La ciencia, ya hecha, pertenece a todos. La ciencia, al nacer, es de quien la engendra. Y la engendran los individuos de ciertas sociedades, no los de todas, no los de cualquier sociedad. La engendran, a nuestro nivel de la Historia, los individuos de las sociedades vivas, alertas a la realidad inagotable, que tienen fuerzas para crear y ojos para ver nuevos problemas, que son capaces de asumir cada día el pasado y continuarlo sin tregua, empujándolo a golpes de trabajo y reflexión hacia el futuro. No son estas sociedades perfectas; ni siquiera puede decirse, sin más, que sean sociedades superiores. Son, simplemente, sociedades forjadoras de ciencia. Las sociedades que carecen de esta fuerza —creadora de nuevos problemas y mantenedora de la continuidad en la pesquisa y el trabajo— viven en ciencia de los otros, de lo que los otros han hecho, del pasado; es decir, apenas viven, vegetan.

Pues bien, esto le ocurre a España en Psicología. Empréndase una investigación seria de cualquiera cuestión psicológica. Reúnase la bibliografía. Será raro, aunque no imposible, encontrar un trabajo español que haya formulado por vez primera el problema, que aporte una idea nueva, que descubra un nuevo método, que señale con rigor una nueva perspectiva. Esto es lo que me duele. Esto es lo que tiene que inquietarnos y dolernos a todos. Hay que hacer ciencia psicológica, entre otras razones, por patriotismo. No es ajeno el patriotismo a la ciencia. Ramón y Cajal, hombre de ciencia español, lo recordaba con frecuencia.

En resumen: Lo primero que hay que decir, cuando se plantea el problema de la enseñanza de la Psicología en España, es que los que tratan de resolverlo tienen que sentir un gran dolor por la ausencia de España en la ciencia psicológica. Si no lo sienten es que no tienen inquietud científica, o no tienen amor a España. En cualquiera de los dos casos será difícil que hagan nada por incorporar a España, activa y creadoramente, a la Psicología.

Digo esto, aunque me pesa, por tres razones. Una, porque hay que dejar bien sentado que ha habido en España hombres que han trabajado por la Psicología —y especialmente por la Psicología aplicada— de modo ejemplar. Otra,

Don MARIANO YELA GRANIZO es profesor adjunto de Psicología en la Universidad de Madrid, y colaborador del Departamento de Psicología Experimental del Instituto "Luis Vives" del C. S. I. C. Ha publicado en revistas norteamericanas y españolas.

porque, a pesar de ello, es preciso admitir que la sociedad española no ha sabido mantener en línea continua estos esfuerzos, ni hacer brotar de ellos una tradición de investigación psicológica. Y la tercera, porque me parece que hay ahora en España gente joven que quiere trabajar seriamente en Psicología, y desea hacerlo con rigor y disciplina científicos. Se ha hablado mucho del individualismo español. Yo conozco a muchos españoles que están hartos de este individualismo. De mí sé decir que nada me contentaría tanto como trabajar en amistad y colaboración con los demás, respetándonos y criticándonos mutuamente, unidos en nuestras discrepancias por una común exigencia científica y un común deseo de buscar la verdad y decirlo con voz española, orientados y estimulados todos por verdaderos maestros españoles. Hace poco tiempo recordaba Iain Entralgo unas palabras que Ortega pronunció en 1922: "Más allá me parece estar viendo otros hombres más jóvenes aún que ustedes, una próxima generación, en quien un nuevo sentido de la vida nada liberal comenzará a pulsar. Amantes de las jerarquías, de las disciplinas, de las normas, comenzarán a juntar las piedras nobles para erigir una nueva tradición..." ¿Serán las nuestras estas generaciones? Quiéralo Dios, y no quiera que alcemos también, exageradamente, una nueva Bastilla.

Yo creo que en el modesto rincón de la Psicología se puede, desde luego, erigir esa nueva tradición. Claro está que si ha de ser tradición tendrá que ser al tiempo nueva y vieja. No se trata de olvidar ni de renegar del pasado, que, por más viejo, es siempre *senior*, señor. Se trata, por el contrario, de conocerlo, de asimilarlo, de reavivarlo, de hacer futuro con él. No hay que exagerar. Si España no ha estado apenas presente al nacimiento y desarrollo de la ciencia psicológica, sí lo han estado algunos españoles. Basten dos ejemplos notables, que todos conocen. Zilboorg, en su *History of Medical Psychology* (1941), dedica 15 páginas y lugar eminente a Luis Vives. M. Smith, en su *Handbook of Industrial Psychology* (1944), reconoce, como es debido, en Juan Huarte al iniciador de la orientación y selección profesionales. Ya lo sabíamos nosotros; pero estos ejemplos muestran que también lo saben los demás. Y asimismo sabemos todos, los demás y nosotros, que, cuando apenas se iniciaba en Europa la preocupación por las aplicaciones de la Psicología, un grupo selecto de españoles las organizaron en nuestro país con rigor y seriedad. Hay que recoger éstos y otros brotes aislados y hacer con ellos tradición. Necesitamos estudiar a fondo lo que se ha hecho en España; necesitamos una biblioteca de Psicología española, donde se ordenen, críticamente editadas y estudiadas, las obras de nuestros antepasados, desde Séneca y Dominico Gundisalvo al P. Barbado. Y ello para poder incorporarnos, desde España, a las ciencias psicológicas de

nuestro tiempo. Para lo cual necesitamos también, es evidente, conocer y dominar el espíritu, el método y las técnicas de la Psicología actual.

¿Cómo lograrlo? Cualquiera que sea la contestación a esta pregunta es claro que, si ha de ser fecunda, ha de tener en cuenta lo que ya hay de Psicología en España, ha de partir del dato real: la situación actual de la Psicología en nuestro país. Y con esto llegamos a la segunda pregunta: ¿Cuál es el estado de la Psicología en España?

No es, claro está, por entero independiente de la primera esta segunda cuestión. Quien no crea ciencia sólo puede tener una ciencia de segunda mano, válida quizá, pero anquilosada, y asimismo de segunda mano serán las técnicas que use y que de esa ciencia se derivan. No extrañará, pues, que la situación actual de la Psicología en España sea, en general, imprecisa y mediocre. Lo cual no quiere decir que en otros sitios sea precisa y excelente. De esto habría mucho que hablar, y algo hemos escrito en otros lugares. Es más, esta situación imprecisa y mediocre no es en sí, ni mucho menos, el mayor mal. El mal grave es que España no esté presente en la Psicología. Ese es el mal hondo, el que debe, sobre todo, dolernos. Pero no resulta tan claro que sea un grave mal el que en España la ciencia psicológica —que ella no ha hecho— y sus aplicaciones no hayan alcanzado un gran desarrollo. Si no lo han alcanzado, mejor. Hasta que España no haga Psicología, más vale que no se haga demasiada Psicología en España. Y, sobre todo, más vale que no se multipliquen a la ventura las aplicaciones de la Psicología en España. Es cierto que estas aplicaciones se hacen y se harán. Y es inevitable que así sea, pues son exigidas por necesidades reales del país, se iniciaron un día en nuestra Patria con atento cuidado, y prosperan profusa y abundantemente en todo el mundo. No es menos cierto, sin embargo, que mientras no seamos capaces de crear ciencia psicológica, cuanto menos y más pausada aplicación de la Psicología hagamos tanto mejor.

Pues aplicar la Psicología es faena ardua y delicada. Se puede construir un puente sin saber mucho de Física, con tal que se sepa bastante de Ingeniería. Pero la Psicología aplicada no trata de puentes, sino de hombres, y no del hombre en general, sino de éste o de aquel hombre. Las aplicaciones de la Psicología afectan a hombres concretos en su vida, en sus proyectos, en su trabajo, en su salud, en su personalidad. Las aplicaciones de la Psicología no pueden por eso ser mera técnica. Requieren siempre, además de una técnica bien definida, consciente de sus posibilidades y limitaciones, una fundamentación científica rigurosa y, en último término, una comprensión del hombre total. Todo esto hay que exigirle al psicólogo que aplique su psicología. Parece mucho exigir, pero este exigir mucho es exigir el mínimo. Porque

cuando el ingeniero hace su puente, el puente queda ahí, bien o mal hecho, según la técnica haya sido bien o mal aplicada. Pero cuando el psicólogo aplica su técnica y su saber a un hombre, este hombre no queda ahí, bien o mal tratado, sino que, inexorablemente, continúa haciendo su propia vida, y Dios sabe qué parte y responsabilidad le tocarán en ella al psicólogo orientador.

Aplicar la Psicología es, pues, asunto peligroso. Lo cual no quiero decir que no haya de aplicarse —queramos o no la aplicamos de hecho todos los días—, sino que debe ser aplicada con máximo cuidado. Pues las acciones del hombre cuanto más peligrosas suelen ser más estimables. Nada tan peligroso como ponerse de verdad a pensar y amar; nada más noble, si bien se hace. Bienvenidas sean las aplicaciones de la Psicología, pero bien hechas. ¿Quién puede hacerlas bien? El buen psicólogo. ¿Quién es el buen psicólogo? El psicólogo competente. ¿Dónde se forman en España psicólogos competentes? Hoy, en ninguna parte. Entonces, ¿es que no hay psicólogos en España? Sí, los hay. ¿De dónde han salido? De sí mismos, de su afición, de su interés, de sus necesidades. ¿Dónde se han formado? Algunos, poquísimos, en Centros extranjeros; otros, y están entre los mejores, en los Institutos de Psicotecnia, en el curso sistemático que éstos organizaron, allá por 1928-29, para procurar personal competente a sus servicios nacionales y provinciales; los demás, no sabemos cuántos, en ningún Centro de enseñanza, sino irregular y asistemáticamente, en lecturas y conferencias, en breves cursos, en cursillos precipitados. Pero ¿es que en España no se enseña la Psicología continua y ordenadamente en ninguna parte? Sí, pero no para formar psicólogos. Se enseña un poco a los estudiantes de Medicina y a algunos de Biología; un poco más, no mucho, a los de Filosofía y Pedagogía; casi nada a los del Magisterio y de Asistencia Social; menos que casi nada, a los de Ingeniería, Derecho y demás ciencias y saberes.

¿Quiere esto decir que en España no hay psicólogos competentes? No, no quiere decirlo. Algunos hay. Proceden, en su mayor parte, de aquella época en que cundía en los Institutos de Psicotecnia, tantas veces citados, una preocupación formadora. Lo que quiere decir es que no existe hoy garantía de que los haya. Lo que quiere decir es que, por lo que a la sociedad española respecta, la competencia de sus posibles psicólogos se deja poco menos que al azar.

En resumen: La situación actual de la Psicología en España presenta un aspecto negativo: su ejercicio no siempre ofrece garantías, y un aspecto amenazador: que aunque no siempre las ofrece, se realiza.

Pero vayamos adelante en nuestro examen. Pasemos a otros aspectos de esta situación. ¿Es que no se ha hecho ni se hace nada por reme-

diar tal estado de cosas? Se ha hecho y se hace, ya lo hemos apuntado. Este es el aspecto positivo y prometedor. Se ha hecho mucho, y se empieza a hacer más todavía. Saltan aquí a la pluma los nombres de Simarro, de Mira, de Germaña, de Barbado, de Palmés. Existe un grupo de jóvenes dispuestos a reanudar la obra que ellos comenzaron, que han pasado una parte de su vida científica en los mejores Centros de investigación de Europa y América, y que quieren trabajar en común, sin prisas, serios y pacientemente. Existe una inquietud científica, un deseo de saber y de saber hacer en Psicología que, atizado por aquellos hombres, es hoy patente en amplios sectores de España. Existe, en fin, y mucho más de lo que se piensa, una enorme demanda de psicólogos técnicos en la enseñanza, en la clínica, en el ejército, en la industria, en el comercio, en las instituciones correccionales y penales, en los transportes, en mil otras actividades del país.

Todos quieren que cada tarea sea desempeñada por el más apto. Todos reclaman o desean métodos rigurosos de selección. En todo lo cual tiene mucho que decir y mucho que averiguar la Psicología. El asunto no es trivial, sino importante. Tanto que hay quien cree que las grandes épocas de los pueblos se deben en alguna porción al espíritu selectivo de sus gobernantes. Menéndez Pidal nos dice, en la introducción que ha puesto a la *Historia de España*, que el rápido paso de la España de Enrique IV a la de los Reyes Católicos —cuando “el cuerpo cadavérico de la nación se hace cuerpo robusto y brioso”— tiene dos fundamentos: el espíritu de justicia, imparcial e inexorable, de los Reyes y su espíritu selectivo. “Para estar más prevenidos en las elecciones de personas tenían un libro, y en él memoria de los hombres de más habilidad y méritos para los cargos que vacasen”. Y esto lo hacían, al parecer, no sólo con los grandes cargos, sino con todos, hasta los más chicos. Y así, exaltaron a lugares directivos a Cisneros, el modesto frailecito, y a Gonzalo de Córdoba, el desconocido segundón andaluz; pero también un día pudo leerse, en un papel escrito de mano de la Reina, este sencillo recordatorio: “La pregonería de la ciudad se ha de dar a fulano, porque tiene mayor voz”.

Es bueno, pues, que exista este afán selectivo, y bueno sería atender a aquella demanda de psicólogos técnicos en el diagnóstico y selección de las gentes.

Y bueno es también, hay que reconocerlo como otro aspecto positivo, la preocupación creciente de las autoridades por estos problemas. Hay, en la Universidad, algunas —muy pocas— cátedras de Psicología, y en ellas han enseñado, durante muchos años, Zaragüeta, Font y Puig, Gil Fagoaga, Lavín. Hace tiempo que fueron fundados en España dos Institutos Psicotécnicos, que en su ya larga historia han sido los mantenedores principales del interés

por la Psicología y sus aplicaciones. A ellos se debe un Estatuto de Formación Profesional, que figura entre los mejores de su tiempo (1926). Ellos fueron los primeros y los únicos en organizar cursos completos, teóricos y prácticos, para la formación cuidadosa de psicotécnicos. Por su labor e iniciativa fué España lugar de reunión de dos Congresos Internacionales de Psicotecnia, y estuvo a punto de serlo de uno de Psicología. En nuestros días, hace muy poco tiempo, se ha creado el Departamento de Psicología Experimental, en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, foco inicial de investigación psicológica. Hace sólo unos días ha celebrado su sesión inaugural la Sociedad Española de Psicología, afirmación pública de la nonata profesión de psicólogo.

Todo esto, sin embargo, no basta. Necesitamos coordinarlo; necesitamos aunar estos esfuerzos; necesitamos asegurar, en lo posible, la continuidad en el trabajo; necesitamos, sobre todo, empezar por el principio: la formación adecuada y permanente de investigadores y técnicos. Para ello es preciso una Escuela de Psicología. Pues bien: incluso esto, una Escuela de Psicología, está a punto de crearse en la Universidad de Madrid.

Seamos justos. Reconozcamos todo lo que se ha hecho por la Psicología en España. Se hizo mucho; algo queda; se está comenzando a hacer mucho más. No está justificado el pesimismo, aunque lo esté la crítica. Se entiende: la crítica cordial y constructiva. Ser crítico no es, ni mucho menos, ser pesimista. Todo lo contrario: es amar lo que se critica, hasta el punto de querer mejorarlo; es querer ser realista; es, en nuestro caso, llegar a las siguientes conclusiones reales. Hay que fomentar entre los que empiezan el conocimiento de lo que hicieron los que trabajaron antes, no sea que nos creamos que sólo nosotros comenzamos ahora a hacer algo que merezca la pena. Hay que desconfiar de los pícaros y de los bobos, que andan siempre que les conviene, en Psicología como en todo lo demás, alabando o censurando a España. Hay que reconocer que España apenas ha hecho ni hace ciencia psicológica. Hay que reconocerlo con dolor y con vergüenza. Hay que poner manos a la obra para remediarlo. Hay que esforzarse por establecer una continuidad y recoger en una tradición los brotes, tan a menudo truncados, de creación psicológica que hemos tenido. Hay que organizar una Escuela de Psicología, donde se formen los psicólogos que España necesita para ocupar un puesto activo en la Psicología, y los técnicos que la sociedad reclama.

¿Escuela de Psicología? El nombre, claro está, es lo de menos. Bien; pero ¿es necesaria? Lo es, si queremos que España haga de verdad Psicología, y que la Psicología se practique en adelante con responsabilidad plena y mínima garantía profesional. ¿Y cómo ha de ser este Centro de enseñanza de la Psicología? Inten-

taré declarar mi opinión con pocas palabras. No se trata de esbozar aquí la organización de esa Escuela o su plan de estudios. Quiero sólo poner en claro algunos requisitos previos que, a mi parecer, debe reunir la Escuela si su labor ha de ser eficaz.

La Escuela de Psicología debe ser universitaria, porque necesita la más alta garantía cultural y científica, y debe estar abierta a los estudiantes y graduados de todas las Facultades y Escuelas Especiales, porque de todas ellas pueden surgir los especialistas de las diversas ciencias y técnicas psicológicas.

La Escuela de Psicología debe tener una triple fundamentación científica —filosófica, biológica, matemática— y un contacto directo con los problemas prácticos. Su enseñanza no puede ser exclusivamente teórica: debe proporcionar al alumno la experiencia de lo real, imprescindible para el conocimiento y trato de casos individuales. Porque —como advierte Aristóteles al comienzo de su *Metafísica*—, cuando se trata de hacer o producir algo, los hombres que tienen experiencia sin teoría lo hacen incluso mejor que los que tienen teoría sin experiencia. Y los psicólogos que salgan de la Escuela tienen mucho que hacer en la vida de nuestro país. La Escuela de Psicología no puede ser, pues, un mero conjunto de cursos y conferencias. Tiene que tener laboratorios, seminarios, servicios psicológicos clínicos, escolares e industriales, abiertos al público y en funcionamiento. En ellos deben realizar sus prácticas los alumnos, y adquirir, poco a poco, la experiencia de los problemas y casos individuales. Sin eso no se formarán expertos, sino, a lo más, teorizantes. Pero, claro está, estos expertos necesitan también teoría, y, sobre todo, además de los expertos, necesitamos también teóricos e investigadores. Sólo así podremos algún día hacer Psicología, y podrán los psicólogos prácticos estar tan lejos de la simple empiria, asistemática y confusa, como del tecnicismo abstracto, gran peligro de la psicotecnia, que amenaza en muchas partes con reducir al hombre a esquema y número impersonal.

La Escuela de Psicología debe, además, dar una idea comprensiva del hombre total, el único que es objeto real de estudio teórico y tratamiento práctico. Hace poco señalaba Miguel Signán, en *Arbor*, la enorme disparidad existente entre la Psicología general, el psicoanálisis y la Psicología industrial, por citar tres ejemplos cualesquiera. Y encontraba la explicación en el hecho sencillo de que la idea del hombre latente en cada caso es distinta. Así es. Y en parte así tiene que ser, porque cada una considera al hombre desde punto de vista distinto. Pero es claro que tales consideraciones parciales no bastan. Animándolas a todas está, más o menos tácita o consciente, una idea del hombre total. Hay que hacer explícita y sistemática esa idea. Ello requiere, creo yo, una

formación filosófica y religiosa. En Psicología —ciencia del hombre— hay que saber juntar, como, según Gracián, hizo Fernando el Católico, el cielo con la tierra. Difícil empresa, es cierto; pero ¿quién ha dicho que sea fácil hacer Psicología y aplicarla?

Ahora bien, ¿no es esto demasiado pedir?, ¿puede conseguir todo esto la Escuela de Psicología? Creo que sí, si atiende a dos cosas. La primera, que no se trata de llegar, sino de partir. Hay que empezar modestamente, no enseñando más teoría ni más práctica que aquellas en que ya existan personas que puedan enseñarlas. Vale más no tener psicólogos que tenerlos a medias. La segunda, que no partimos de la nada. La Escuela no tiene por qué encargarse de todas las enseñanzas necesarias para satisfacer las exigencias que he enunciado. Puede y debe integrarse en la Universidad, donde muchas de ellas ya se atienden. Puede y debe

completar en el terreno psicológico lo que otras secciones de la Universidad hacen en el suyo. Y, finalmente, puede y debe aprovechar, para la formación de investigadores y de expertos prácticos, las personas, los laboratorios y los servicios que ya existen en el Departamento de Psicología Experimental y en las Instituciones clínicas, pedagógicas y psicotécnicas nacionales.

Sólo así, creo yo, podrá contribuir la Escuela de Psicología a que un día surja y se mantenga en Psicología una Escuela española. Escuela española, es decir, a mi entender y deseo: reunión de esfuerzos, cauce de enseñanza y de investigación, continuidad en el trabajo, espíritu de creación y de crítica; todo ello sobre el fondo común de una concepción cristiana del hombre que sea fuente y semillero de ideas, exigencia de verdad y criterio de ética profesional.

DIDACTICA DE LA HISTORIA DE LA FILOSOFIA

JOAQUIN CARRERAS ARTAU

Recogiendo el interés que los estudios históricos de toda índole despiertan actualmente en el mundo culto, la Ley de Ordenación Universitaria y el Estatuto subsiguiente que establece el plan de estudios para la Facultad de Filosofía y Letras han otorgado a la enseñanza de la Historia de la Filosofía en la Universidad un volumen y una matización nunca alcanzados hasta ahora en España. Baste decir que dicha enseñanza se desarrolla a lo largo de los tres cursos de especialidad de que consta la Licenciatura de Filosofía, de suerte que la Historia de la Filosofía Antigua figura entre las asignaturas del primer curso, la Medieval entre las del segundo y la Moderna y Contemporánea entre las del tercero, durante el cual se debe estudiar, además, en el último cuatrimestre la Historia de la Filosofía Española, aun sin contar con que a todos los alumnos de

la Facultad, indistintamente, se les exige aprobar una asignatura de Historia de los Sistemas Filosóficos en el segundo año de los estudios comunes a sus varias Licenciaturas y con que a los alumnos de Filología Clásica se les impone cursar durante un cuatrimestre la Historia de la Filosofía Antigua y a los de Filología Semítica uno de Historia de la Filosofía Medieval.

Vale, pues, la pena de prestar alguna atención al aspecto pedagógico de tales enseñanzas. El hecho de desempeñarlas actualmente en los tres años de la Licenciatura de Filosofía y la experiencia docente de más de dos lustros, bien como profesor auxiliar o adjunto, bien a título de catedrático numerario, autorizan esta modesta aportación al tema. Creo suficiente su tratamiento fundamental, es decir, en orden a los estudios de especialidad, sin que haga falta mostrar la adaptación a las enseñanzas de la misma materia que se cursan en los estudios comunes o en las secciones afines.

Don JOAQUÍN CARRERAS ARTAU, catedrático de Historia de la Filosofía en la Universidad de Barcelona y catedrático de Filosofía de Instituto de Enseñanza Media, es un especialista en Historia de la Filosofía española, habiendo publicado "Filosofía Cristiana de los siglos XIII al XV", "Médicos filósofos españoles del siglo XIX" y numerosos estudios. Es asimismo colaborador del Instituto "Luis Vives" de Filosofía.

I

VALOR FORMATIVO DE LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

Antes de describir la didáctica propia, a mi parecer, de la Historia de la Filosofía, considero indispensable fijar previamente el papel